ANTES, ENTONCES... AHORA

ANTES

Este sitio no está mal. Aunque reconozco que tendría que haber visto con mis propios ojos unas cabinas de tortura y una silla con pinchos para considerarlo malo: a mí, con tal de que me den una cama donde dormir y un puñado de gente con la que tomar algo, me vale. Y, de hecho, la cama es opcional.

No sé quién ha llorado más cuando me han dejado aquí, si mi padre o mi hermana mayor. En realidad, me han hecho un favor: consolarles me ha evitado tener que reaccionar o pensar si lo estaba haciendo de la manera que se esperaba de mí. De alguna forma, no lo estoy viviendo con tanta emotividad.

Los voy a echar de menos, sí, pero también me apetece vivir a mi bola, encontrarme a mí mismo lejos de todo lo que son ellos. Cuando tienes una familia que palpita tan intensamente, te cuesta mucho escuchar tu propio latido.

Insisto en que no hace falta que me acompañen a mi habitación, con la tarjeta del número 111 guardada en el bolsillo de los vaqueros. Cuando llego… me gusta.

Es pequeña, y por ahora no tiene personalidad, pero ya la iré haciendo mía. Y la idea de tener mi espacio propio, que poder gestionar a mi manera y lejos de las manías de otros, me flipa.

«Tengo todo el tiempo del mundo para acomodarme», pienso, satisfecho.

No me molesto en deshacer las maletas. Dejo el cargador del móvil en la estantería de al lado de la cama, porque siempre me olvido de cargarlo si no es la primera cosa que veo al acostarme, y después de asegurarme de que tengo la tarjeta-llave (sería muy propio de mí olvidármela a la primera), salgo a investigar.

Me han dicho que mi mentor, un chaval llamado Kike, no está en este momento en el colegio mayor, pero que le avisarán de que he llegado para que me busque cuando vuelva. No es que me haga demasiada falta alguien que me guíe (siempre me las he apañado bien) pero sí que me parece guay poder hacerle unas cuantas preguntas.

Por ejemplo, cómo de estrictos son *de verdad* en este sitio. Tras echarle un vistazo a la normativa, me da la sensación de que hay muchas normas que deben de haber caducado hace mucho. Es probable que solo estén ahí para aparentar y que luego, en realidad, la gente haga lo que le dé la gana.

Bajo las escaleras hasta el salón y allí me encuentro a un chico y una chica que parecen de mi edad y hablan con la distancia y la incomodidad propias de un primer encuentro. Ella se cruza de brazos; él, mucho más alto, sonríe con una mezcla de chulería y timidez.

—Hola, chicos. ¿Nuevos, también? Yo soy Edu.

Sus expresiones son de sorpresa cuando se presentan. Me gusta esta sensación: tiendo a crecerme cuando veo que otros están más cortados que yo. Si hace falta que alguien tome las riendas, no tengo problema en ser esa persona.

—Estoy en la habitación 111. ¿Vosotros?

Listo. Ya estoy en casa.

Sabía que no iba a ser tan difícil.

ENTONCES

La primera vez que veo a Tesa es en el comedor del Álvaro de Bazán.

A pesar de que llevo ya tres días en el edificio y empiezo a conocer a bastante gente (nunca he tenido ningún problema en hacer amigos), es en ese preciso momento cuando siento que he llegado a un sitio al que podía llamar hogar.

Y es al escuchar su risa. Una risotada estruendosa, solo una, que termina bruscamente. En cuanto me giro para mirarla ya se ha tapado la boca con vergüenza, pero es evidente que ha salido de ella. Aún brilla con su último rastro.

Me da por pensar que no entiendo de qué se avergüenza. Ese sonido ha iluminado el comedor y el edificio entero. En medio de un ruido de fondo monótono, rutinario, ha sido como un rayo, o quizá como los desfibriladores, que vuelven a ponerte en marcha el corazón.

El pensamiento me llama la atención. Diría que no es propio de mí y eso me provoca una profunda curiosidad, así que sigo con la mirada clavada en ella. Lo primero que pienso tras echarle un vistazo es que parece una princesa de cuento, que no encaja en este lugar, porque debería estar en algún sitio más importante.

Dejo de prestar atención a mis compañeros de mesa y solo puedo fijarme en ella. En sus rizos, primero. Una cascada que la rodea y la esconde un poco. El retrato de un misterio. Quiero apartarlos, o quizá solo sea una excusa para enredar los dedos en ellos. Después me fijo en sus ojos. O más bien, en cómo miran al resto, con atención, con tanta dulzura que empiezo a pensar que esas personas también son importantes. Hasta que me doy cuenta de que es ella quien los convierte en eso.

De hecho, es curioso, porque me siento… me siento un poco más importante, yo también, al mirarla.

En el tiempo que transcurre mientras sigo observándola hasta que reclaman mi atención, aprendo mucho de ella: para empezar, no abre la boca ni una sola vez. Desde aquella risotada, parece haberse empeñado en no hablar, en no destacar más. Como si quisiera pasar desapercibida. Como si *pudiera* pasar desapercibida.

La segunda, que está totalmente centrada en hacer felices a los demás.

Me pregunto quién estará intentando hacerla feliz a ella.

Y entonces me hacen un comentario, giro la cabeza para contestar con amabilidad, y cuando vuelvo a buscarla con la mirada, ya no está.

Y de pronto, aquel comedor enorme me parece mucho más vacío.

***

Primera noche de novatadas. Tengo mucha curiosidad por cómo serán. Siempre he oído hablar de ellas, a colegas de la universidad de mis hermanos que vivían en colegios mayores de todo tipo. Más estrictos, menos estrictos… Casi todos tienen novatadas, así que cuando supe que vendría aquí, me imaginé que habría, aunque no le di mayor importancia.

Soy un tío que, en general, no suele darle mucha importancia a nada.

Supongo que es la consecuencia de ser el pequeño de una familia de prodigios. Mis hermanos mayores ya tienen toda la ambición y motivación que hacía falta, así que mis padres me han dejado ir un poco más a mi aire. Siempre les ha bastado con que aprobara y fuera amable. No he tenido ninguna presión… directamente. Pero aún así, sé que les molesta que no me emocione por las cosas tanto como ellos.

El caso es que yo vivo bien así. Todo lo nuevo me parece curioso y entretenido, y por eso no tengo dificultad en llevarme bien con quien sea, en estar cómodo en cualquier situación.

Si esta noche me ponen a cantar jotas, lo haré, aunque no me sepa ninguna.

Si me piden que salte a la comba con un solo pie… Me comeré el suelo, pero lo haré sonriendo.

Será divertido, supongo. Sobre todo lo de ver a los veteranos tratando de ponerme nervioso. Es extremadamente difícil; solo ha sucedido en situaciones muy concretas. El discurso de graduación del instituto. El día que llegaron los resultados de las pruebas del abuelo. Aquella vez que me quedé fuera de casa y tuve que apañármelas con el móvil sin batería. Y…

En realidad, no se me ocurren más.

Tengo un colega que dice que haría falta que cayese una bomba justo en la punta de mis zapatos para conseguir que dejara de sonreír. Él lo dice como algo malo, pero a mí siempre me ha parecido algo de lo que estar orgulloso.

Nos ponen en fila y el decano, ese tío enorme con pinta de chulo que parece tenerlo todo muy controlado, nos suelta una chapa sobre las normas, las novatadas y demás. Tampoco presto mucha atención. No me interesa demasiado el paripé que hay detrás de las novatadas; me llama más la gente con la que me toca compartirlas. Así que me dedico a observar a mis compañeros… Hasta que la encuentro.

La chica de rizos está ahí, tensa como si se fuese a partir en dos en cualquier momento. Todo lo contrario a mí. Es un poco más bajita de lo que imaginaba cuando la vi en el comedor. Y

desde luego, no tiene pinta de necesitar una bomba para ponerse nerviosa. No sonríe, su expresión es de absoluta preocupación, como si se estuviera planteando salir corriendo en cualquier momento.

Desde luego, esto no la está haciendo nada feliz.

Gira ligeramente la cabeza hacia un lado y después, hacia mía, y…

Vaya. Me pilla observándola como un idiota.

Estoy a punto de desviar la mirada, porque no quiero que sienta que la estoy acosando, cuando hace algo que me cambia la vida: me sonríe.

Y aunque puedo ver que no es la sonrisa más feliz del mundo, sí que es una que me está dirigiendo a mí. Y no puedo evitarlo: yo también sonrío. Me sale directamente del corazón.

«Es aún más preciosa cuando sonríe» pienso, maravillado.

No soy un chico particularmente superficial, pero… Guau.

Para cuando vuelve a mirar al frente, antes de que los veteranos acaben de dar su discurso, ya tengo un plan. Y cuando nos indican que pongamos en parejas, la velocidad a la que salgo disparado para colocarme lo más cerca posible de ella es increíble incluso para mí, que nunca me he considerado un chico especialmente lento.

Que me emparejen con ella es una mezcla de suerte y de tener más cara que espalda, lo reconozco.

Y cuando entrelaza sus dedos con los míos y resulta evidente lo insegura que está, hago un primer intento para que se sienta bien a mi lado:

—Tranqui, no muerdo…

Me mira con esos ojos color chocolate, enormes y abiertos, y parpadea dos veces antes de responder:

—Gracias, ya tengo bastante esta noche como para preocuparme de que me muerdan —me responde, y con ello me vuelve a sorprender.

«¿Sentido del humor también? ¿De qué nube se ha bajado?».

El resto del trayecto lo pasamos charlando, y es tan natural que casi soy capaz de pasar por alto el tacto de sus dedos contra los míos. No lleva anillos, y la manga del jersey ocupa la mitad de su palma. Intento no aferrarme con demasiada fuerza para que no sienta que la invado.

Pero cuando nos sonreímos tras una broma, creo que ella me ha invadido un poco a mí.

Y estoy convencido de que no hay posibilidad de reconquista.

***

«Joder, vaya ojazos».

Mientras hago lo que puedo por buscar agua, como si mi vida dependiera de ello, lo repito tantas veces en mi cabeza que me planteo tatuármelo.

Mientras pregunto a las primeras personas que me encuentro, que se ríen de mí porque se me haya ocurrido siquiera que hayan podido traer agua a un botellón, sus ojos siguen clavados en mis retinas, como si no pudiera parar de verlos. Grandes, profundos, tan sinceros...

Su sensación de desamparo al emborracharse con la cerveza, como si no estuviera acostumbrada y se hubiera traicionado a sí misma. El traspiés y tener que sujetarla para que no se cayese y… No sé, lo sentí apropiado. Como si fuera lo que debía hacer. Como si hubiera conseguido algo que llevaba mucho tiempo buscando.

Y ahora, encontrar agua es tan importante como seguir respirando. Porque esta chica no se merece sentirse mal, no se merece estar sentada arrepintiéndose de sus acciones, porque no ha hecho nada malo y yo tengo que volver para decírselo.

Tengo que volver para que me vuelva a mirar a los ojos y sentir, otra vez, que he llegado.

Fíjate, toda la vida pasando de todo, conformándome con lo que iba tocando, y llega esta chica para convertir su felicidad en mi meta. Y, contra todo pronóstico, no me agobia, no me preocupa. Solo me… completa.

Al final, no necesitaba una bomba para sacudirme, solo una sonrisa preciosa y unos rizos oscuros. ¿Quién lo iba a decir?

—Eh, novato —me frena un chico moreno y con moño, palmeándome el hombro—. ¿Usted es Edu?

Me giro, algo reticente. Por primera vez en mi vida, tengo prisa.

—Sí. ¿Y usted es…?

—Kike.

«Ah. Mi mentor», recuerdo distraídamente. En los últimos días, parece que nos hubiéramos evitado. Ha preguntado por mí y yo también por él, pero no sé si nuestros horarios no son compatibles o no frecuentamos los mismos ambientes, porque empezaba a pensar que era un producto de mi imaginación.

De todas formas, no puede llegar en peor momento.

—Ah, encantado. Oiga, no se ofenda, pero ahora mismo no puedo hablar. Necesito…

—Toma.

Cuando miro lo que me tiende, tardo unos segundos en procesar que es una botella de agua. Me sonríe con amabilidad, y a su lado una chica muy rubia sonríe también.

—Siempre llevo una encima por si acaso. No se puede uno fiar de un rebaño de novatillos en su primer pastoreo —Me da otra palmada en el hombro, y señala a su espalda. No me pasa desapercibido que ya me tutea—. Venga, ve a por tu chica. Ya hablamos luego.

Compartimos un segundo de silencio antes de que consiga balbucear un agradecimiento. Y salgo corriendo.

AHORA

La fiesta del Novato ha terminado de manera un tanto abrupta. El director del colegio mayor se apresura de un lado para otro chillando en la cara de todo aquel que se cruza en su camino. Creo que han expulsado a unos cuantos veteranos de manera fulminante. Ni siquieran dormirán aquí esta noche, y lo entiendo, porque el desastre es increíble. Parece difícil de creer que hayan conseguido dejar el salón en ese estado en apenas unas horas. En ese sentido, hay que reconocerles el mérito.

Me paso la lengua por los labios mientras subo las escaleras hasta mi habitación y hago un esfuerzo por ordenar los acontecimientos de esta noche. Las manos aún me cosquillean con su tacto y me cuesta un poco más que de costumbre ser racional.

Primero, lo de la boda. En cuanto lo anunciaron, mi primer pensamiento fue que esta vez se habían pasado de la raya. Sin embargo, no lo puedo negar… La peor parte de mí siempre ha disfrutado de que nos emparejaran. En realidad, es más bien triste: a día de hoy, el único escenario en el que estamos juntos es falso, y aún así, las veces que me ha tocado actuar como su novio han sido los momentos más felices de mi vida.

Diría que no sé qué me pasa con esta chica, pero… he pensado demasiado en ello como para no tener al menos alguna pista.

Para empezar, es *ella,* toda ella. Me habían parecido guapas otras chicas, por supuesto, pero no de esta manera. No al nivel de tener que controlarme para no quedarme embobado mirándola, pensando en cómo sería alargar la mano para acariciarle la mejilla con el pulgar. Cómo sería poder acercarme más para hundirme en esos ojos oscuros, pasarle la mano, con suavidad, por esos rizos que tanto me fascinan.

Tesa es la chica más bonita que he visto nunca y me pasaría horas mirándola, pero ni siquiera es lo más importante. Como he dicho, no soy especialmente superficial. Va mucho más allá.

Se trata de que es la chica más buena del mundo, que siempre está pensando en los demás y tiene una sonrisa preparada para alegrarle el día a cualquiera. Es la forma que tiene de ver el mundo: mientras que los demás observamos a nuestro alrededor en silencio y confusos, ella lo hace y mientras tanto, habla. Le ayuda a ordenarlo, a su manera. Cómo describe la vida, a la gente y las situaciones, me hace verlas de forma diferente. Y se nota que se contiene porque, cuando habla, detrás de sus labios se queda todo lo que no dice, y a mí me deja siempre a medias, deseando saber qué se ha guardado.

Ella no es consciente. No lo es, y me parece una lástima.

Recuerdo un día que Sara, una chica de Cádiz que resulta que conoce a una prima mía (el mundo es muy pequeño), estaba comentando en una comida que no se sentía bien con su cuerpo. A mí simplemente me llamó la atención se animase a compartir algo tan íntimo conociéndonos aún tan poco, pero Tesa se lanzó a animarla con una determinación que hizo que hasta su rostro cambiara por completo.

Cuando Tesa piensa que está dándose demasiada importancia, se pone colorada y las comisuras de sus labios bajan; cuando se da cuenta de que hay alguien que necesita ayuda, de repente

frunce un poco el ceño y estira la espalda, como si se comprometiera hasta el final con una misión.

Y ese día, nadie más habló porque no hizo falta: ella se lo dijo todo. Estoy convencida de que Sara jamás se había sentido más guapa que después del discurso de Tesa, que además sonaba tan sincero como si fuera un dogma tallado en piedra. Cuando salimos del comedor, hasta parecía más alta de lo recta que caminaba.

Y entonces vino el paseo. Un paseo en el que me contó sus miedos, sus sueños, sus manías. Me resultó curioso que hablara como si yo no me hubiera dado cuenta, como si no la hubiera mirado lo suficiente como para observar que separa la comida en cuatro porciones, porque le gustan los números pares, que siempre combina dos colores cuando viste o que se tapa la boca cuando se ríe más alto de lo que le gustaría.

Aún así, escucharlo de sus labios fue maravilloso. El mejor día de mi vida.

Me he vuelto adicto a cada una de sus palabras, y me siento un privilegiado cuando me dedica algunas.

Así que no logro entender lo que ha pasado esta noche.

No logro entender a Roberto, por mucho que me esfuerce en no odiarle, porque al fin y al cabo lo único que me parece es un afortunado. No sé si es bueno, si es leal o si la hace reír. No sé si piensa en ella todas las noches, si sueña con sus sonrisas, si es detallista o amable, si es un buen amigo.

Lo que sí sé es que ha huido, que Tesa ha tenido que perseguirle y la ha dejado atrás, y no puedo concebirlo.

Porque no me puedo imaginar una situación en la que, teniendo a Tesa delante, se me ocurra correr hacia ningún sitio que no sea hacia ella.

Aunque durante estas semanas he hecho un esfuerzo enorme por no demonizar a Roberto, ahora no puedo evitar odiarle un poco. No porque ocupe un lugar que claramente ansío con toda mi alma: ser esa persona a la que Tesa acude para compartir los momentos buenos y los malos, quien la anime cuando se estresa

y quien la abrace para reconfortarla. Ni siquiera por el privilegio de besarla.

Es porque no aprecia lo que tiene. Eso sí que no puedo perdonarlo.

Y aunque su comportamiento me haya dado la oportunidad de ser esa persona para Tesa durante un rato… aún así, preferiría que ella se hubiera ahorrado tanto dolor. Me habría conformado con seguir soñando con ello.

No sé lo que pasará ahora. No me veo capaz de desear que rompan, porque sé que le haría daño. En estos momentos, lo único que ansío es que sea feliz. Y si por ello tengo que ser su amigo… que así sea.

Le daría cualquier cosa que necesitara de mí.

Quizá ya lo tiene todo.

© Del texto: Cristina Prieto Solano, 2025
Autora representada por IMC Agencia Literaria
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2025
C/ Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.fandombooks.es
Ilustraciones: Sara Lozoya

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.